

LOS JUDÍOS A LOS QUE SE SALVÓ EN NOMBRE DE FRANCO

Arcadi Espada rescata la historia de los héroes de la embajada en el Budapest nazi, que libraron a miles de judíos del Holocausto. Seguían órdenes del gobierno franquista

Invierno de 1944. Casi medio millón de judíos húngaros han sido ya deportados a los campos de exterminio. El Danubio es una fosa. Las embajadas de los países neutrales tratan de salvar a los perseguidos que en condiciones de vida infrahumana aún se refugian en Budapest. En la legación de España, el diplomático Ángel Sanz Briz aplica con especial pasión humanitaria las instrucciones del Gobierno de Franco, que ve en la protección de los judíos un salvoconducto ante el sombrío futuro que le presagia la inminente derrota nazi.

El columnista de EL MUNDO Arcadi Espada ha escrito la crónica de aquel invierno húngaro, acabando con uno de sus mitos principales, esto es, que la heroica actividad de Sanz Briz fue por cuenta propia, al margen de su gobierno. Y aclarando también la doble impostura del italiano Giorgio Perlasca, que permaneció en la legación de España tras la marcha del diplomático Sanz Briz y que en toda la bibliografía hasta ahora disponible ha acaparado, de manera ciertamente arrasadora, la memoria humanitaria de aquel instante trágico.

A continuación ofrecemos un extracto de dos capítulos de *En nombre de Franco. Los héroes de la embajada de España en el Budapest nazi*, que tratan de la difícil decisión que hubo de tomar Sanz Briz cuando abandonó un Budapest cercado por los tanques soviéticos, pero todavía en manos de los nazis húngaros y sus ciegas y desesperadas atrocidades finales.

Este es un momento delicado y la narración necesita que vuelva urgentemente de Auschwitz y ponga el presente de indicativo sobre la mesa, grande, sólida, de un hermoso color burdeos, donde escribo. Afuera cae el inmenso bochorno del agosto barcelonés, pero yo estoy protegido y recordando aquella aguda frase del arquitecto Tusquets según la cual una de las primeras condiciones de la felicidad del hombre es que su cuerpo goce de la temperatura exacta donde el frío y el calor, tales extremismos, desaparecen.

Sanz Briz se ha marchado de Budapest. En los últimos meses su actividad diplomática sólo tuvo por objeto la salvación de los judíos, siguiendo las órdenes de su gobierno y el modo de actuar de las embajadas del resto de países neutrales. En el trabajo puso un empeño, un valor, una astucia y una piedad muy personales. Extendió pasaportes a cualquier judío que pidiera ayuda a la embajada, saltándose los cupos más o menos pactados por las autoridades húngaras. Logró instalar cientos de refugiados en algunos pisos del gueto internacional, organizado por los nazis húngaros. E incluso, y esto sin autorización ni conocimiento de su gobierno, dio asilo a los perseguidos en el propio local de la legación española.

Se ha marchado con el acuerdo de su gobierno, pero con una grave preocupación en la cabeza: la suerte que puedan correr sus protegidos judíos. Sabe hasta qué punto ha sido difícil mantenerlos a salvo de las incursiones *nyilas* y cuántas veces ha tenido que protestar violentamente ante los funcionarios húngaros por los asesinatos, las vejaciones y el maltrato. Si estando él en Budapest las casas han sido a veces asaltadas, es fácil que imagine lo que puede suceder ahora.

Sanz Briz hubo de optar entre el riesgo de morir o su partida. Partió. Antes, insisto, dijo haber hecho todo lo que pudo para disminuir el riesgo de los que quedaban: pagó al gobernador de Budapest (*gauleiter*) y dejó la legación, su personal y sus protegidos, en manos de la embajada sueca. Y lo cierto es que, con independencia de que fueran o no absolutamente todos los refugiados los que salvaran la vida, su partida no provocó ninguna catástrofe añadida. Pero fue letal para su memoria. Bastará para demostrarlo acudir a Hilberg, a Raul Hilberg, autor del relato canónico sobre el Holocausto: La destrucción de los judíos europeos. La mención a Sanz Briz es prácticamente ofensiva.

«En la capital húngara, los representantes de las naciones neutrales recurrieron a métodos poco ortodoxos para salvar judíos. [...] El cónsul honorario español era un italiano, Giorgio Perlasca, que había sido voluntario en la guerra de Etiopía y había luchado del lado de Franco con las tropas italianas en España. Sus recursos eran mucho más reducidos que los de sus colegas suizo y sueco, pero hizo lo que pudo, entregando pasaportes españoles a los sefardíes o a quienes tuvieran relaciones empresariales con España. Cuando el jefe de la misión española, Ángel Sanz Briz, quien se había interesado por el destino de los judíos deportados, salió de Budapest, Perlasca se quedó, haciéndose cargo de lo que quedaba de la legación. Cada día recogió huérfanos judíos, añadió protegidos a la lista y distribuyó medicinas hasta enero de 1945».

EL HÉROE DIPLOMÁTICO

A la memoria no le gustan los héroes diplomáticos. Ya se ve, solo de escribirlo, el enorme tamaño del oxímoron. (...) El héroe diplomático dedicó varios meses de su esbelta juventud a extender pasaportes y cartas de protección para los judíos de Budapest desde una rutinaria oficina; a conversar diplomáticamente con jerarcas nazis de medio pelo, a los que sobornó con afectos y hasta con dinero; a interpretar las oscilaciones de la incierta voluntad franquista, en su temporada de mayor zozobra, manifestada en cientos de telegramas, cartas y conversaciones telefónicas; y llegó a rebasar los límites de su competencia y las instrucciones de su gobierno alojando refugiados en su casa y en la casa de España. No mató a nadie ni se ofreció bellamente para que lo mataran y cuando vio los tanques en lontananza dio su misión por cumplida y aceptó el inexorable principio de la realidad. Solo era un funcionario franquista, de estatus y de corazón, que había salvado la vida de miles de judíos: ni una cosa ni otra eran un salvoconducto eficaz ante el Ejército Rojo.

PROPAGANDA FRANQUISTA

A Sanz Briz lo celebró durante un cierto tiempo la propaganda franquista en la medida que creyó que Israel podía contribuir al mantenimiento de un régimen que se sentía peligrosamente acosado por el triunfo de las democracias; pero en cuanto Israel se distanció de Franco, no sólo lo dejó caer en el olvido sino que procuró que la memoria de su gesta no entorpeciera los acercamientos entre España y los árabes. Ahora no debo ir por ahí; pero este relato no acabará sin dar cuenta concluyente de hasta qué punto el gobierno franquista puso sus razones de Estado por encima del reconocimiento que la Historia debía a su funcionario.

El antifranquismo, es decir, la historia española culturalmente dominante durante la segunda mitad del siglo XX, lo tuvo más fácil. Mientras pudo, ignoró absolutamente a Sanz Briz. Y después presentó su conducta (y la de otros diplomáticos españoles) como el resultado de una acción individual desvinculada de las órdenes gubernamentales, un absurdo lógico que múltiples documentos desmienten.

La cerril resistencia del antifranquismo a reconocer que el régimen de Franco salvó muchas vidas judías llega hasta los historiadores aparentemente más concienzudos y ecuánimes, como es el caso de Bernd Rother. Acosado por la documentación y los testimonios que ha logrado reunir en su panorámico trabajo de investigación concluye en la última línea, casi agónico, que es cierto, sí, irrefutable, que el franquismo salvó a muchos judíos.

¡Pero que pudo salvar muchos más! Quién podría dudarlo. Pero esa objeción sólo tendría sentido si se aplicara a un gobierno moralmente inmaculado, es decir, antifranquista. Lo que se esperaba de los malvados, lo que cuadraba perfectamente con el mito del contubernio judeomasónico, una expresión, por cierto, que Franco no usó nunca públicamente, es que el gobierno colaborara activa y alegremente en el exterminio de los judíos. Y no fue así. De ninguna manera. O actuó con pasividad —criminal— cuando Adolf Hitler podía ganar la guerra o colaboró en su salvación cuando la tuvo perdida. ■



Presas judías circulan por la calle Wesselényi de Budapest en octubre de 1944. Arriba, el diplomático español Ángel Sanz Briz, cuyo heroísmo salvó a miles de morir a manos de los nazis.

EL DICTADOR VEÍA LA PROTECCIÓN DE LOS JUDÍOS COMO UN SALVOCONDUCTO ANTE LA INMINENTE DERROTA NAZI

ARCADI ESPADA
EN NOMBRE DE FRANCO

«En nombre de Franco», de Arcadi Espada, se publica el martes (Ed. Espasa, 19,90 euros). *http://estudioae.com/heroes/*